

## INMERSIÓN-EMERSIÓN, ACTO COSMOGÓNICO

### EN LA POESÍA DE ÁLVARO MUTIS

Joaquín Arango Rojas\*

Desaparecer en el agua profunda o desaparecer en el horizonte lejano, asociarse a la profundidad o a la infinitud; tal es el destino humano que busca su imagen en el destino de las aguas.

Gastón Bachelard

Uno de los elementos que configura la idea mítica en la obra poética de Álvaro Mutis, es la inmersión-emersión como acto cosmogónico. Este acto es una de las formas mutisianas de expresar la necesidad del hombre por buscar el origen de sí mismo y del universo, de indagar por un pasado, de perpetuar instantes o de darse respuestas sobre el universo que lo rodea.

La inmersión en el agua es una manera del hombre entrar, en estado físico y espiritual, en una dimensión distinta del acontecer cotidiano. La inmersión ayuda a que el hombre se aleje del mundo palpable que habita y pueda viajar con sus cuestionamientos en otra dimensión, espacio-temporal, que puede ser el pasado de sí mismo, su origen o el del universo.

Para Mircea Eliade, el contacto con el agua lleva al hombre a estados espirituales que lo remontan a momentos primigenios anteriores a su existencia: "La inmersión en el agua significa la regresión a lo preformal, la reintegración al mundo indiferenciado de la preexistencia".<sup>1</sup>

La inmersión-emersión es un fenómeno que se expresa, de manera compleja, en la poesía mutisiana. Algunos poemas la narran en diferentes lugares: en el agua, en la selva, en cavernas; otros, en los sueños; pero todos tienen en común

\* Magíster en Literatura Colombiana, Universidad de Antioquia. El presente artículo proviene de su trabajo de investigación *El agua como imagen poética en la poesía de Álvaro Mutis*, con el que optó al título en 1998. En la actualidad, profesor de literatura en el Colegio Atanasio Girardot, de Girardot.

1 Mircea, Eliade. "Imágenes y símbolos". *Historia y simbolismo*, Madrid: Taurus Ediciones, 1979. p. 165-194.

que el agua cumple la función de vivificar y purificar. Ella es también la forma de indagar sobre el pasado, de aprehender lo vivido y de ir más allá del momento de encontrarse en el universo y ser parte de él. Contiene, además, el significado de un bautizo en el que el hombre se renueva cada determinado período de tiempo, y las aguas se convierten no sólo en renovadoras, sino en aguas bautismales u originales.

Hay varios poemas en los cuales se expresan las distintas formas de inmersión. En "La cascada", como su nombre lo indica, la inmersión sucede en una cascada y en el lago o pozo que forman las aguas al caer. En "Morada" se interna en los acantilados donde el agua se convierte en un lento discurrir. En "Cocora", el Gaviero se introduce en una mina, el lugar más oscuro donde el agua se vuelve un arroyo que lo mantiene en comunicación con el río. En "El sueño del Príncipe-Elector" la introyección se hace en el sueño. Y en el poema "El cañón de Aracuriare" ocurre la inmersión en el origen de un río, indagación por un principio cosmogónico.

En cada inmersión-emersión surge un mundo nuevo, un universo, un cosmos. El Gaviero sale reconfortado de cada hundimiento para continuar la batalla contra la muerte, sus pensamientos son positivos y alienta sus ilusiones con iniciar de nuevo cada empresa en la que se mete.

El simbolismo del agua, en el aspecto que aquí tocamos, implica los conceptos de muerte y de renacimiento. Éstos son dos formas o estados físicos y espirituales del hombre que lo obligan a indagar, de distintas maneras, lo que ellos expresan. El hombre de todas las culturas ha indagado sobre estos aspectos, en todos los tiempos. En unas se ha impuesto el arte, en otras la ciencia o la religión y, sobre todo, la poesía.

Una de las primeras manifestaciones de inmersión en la poesía mutisiana está expresada en el poema "La creciente":<sup>2</sup>

Al amanecer crece el río, retumban en el alba los enormes troncos que vienen del páramo.

Sobre el lomo de las pardas aguas bajan naranjas maduras, terneros con la boca bestialmente abierta, techos pajizos, loros que chillan sacudidos bruscamente por los remolinos.

Me levanto y bajo hasta el puente. Recostado en la baranda de metal rojizo, miro pasar el desfile abigarrado. Espero un milagro que nunca viene.

Tras el agua de repente enriquecida con dones fecundísimos se va mi memoria.

Transito los lugares frecuentados por los adoradores del cedro balsámico, recorro perfumes, casas abandonadas, hoteles visitados en la infancia, sucias estaciones de ferrocarril, salas de espera.

<sup>2</sup> Mutis, Álvaro. "La creciente" *Summa de Maqroll el Gaviero. Poesía. 1948-1988*. Madrid: Visor, 1992. P.17-18.

Todo llega a la tierra caliente empujado por las aguas del río que sigue creciendo: la alegría de los carboneros, el humo de los alambiques, la canción de las tierras altas, la niebla que exorna los caminos, el vaho que despiden los bueyes, la plena, la rosada y prometedor ubre de las vacas.

Voces angustiadas comentan el paso de cadáveres, monturas, animales con la angustia pegada en los ojos.

Los murciélagos que habitan la Cueva del Duende huyen lanzando agudos gritos y van a colgarse a las ramas de los guamos o a prenderse de los troncos de los cámbulos. Los espanta la presencia ineluctable y pasmosa del hediondo barro que inunda su morada. Sin dejar de gritar, solicitan la noche en actitud hierática.

El rumor del agua se apodera del corazón y lo tumba contra el viento. Torna la niñez...

¡Oh juventud pesada como un manto!

La espesa humareda de los años perdidos esconde un puñado de cenizas miserables.

La frescura del viento que anuncia la tarde, pasa velozmente por encima de nosotros y deja su huella opulenta en los árboles de la "cuchilla".

Llega la noche y el río sigue gimiendo al paso arrollador de su innúmero carga.

El olor a tierra maltratada se apodera de todos los rincones de la casa y las maderas crujen blandamente.

De cuando en cuando, un árbol gigantesco que viajara toda la noche, anuncia su paso al golpear sonoramente contra las piedras.

Hace calor y las sábanas se pegan al cuerpo. Con el sueño a cuestras, tomo de nuevo el camino hacia lo inesperado en compañía de la creciente que remueve para mí los más escondidos frutos de la tierra.

En este poema, el yo poético se integra a los hechos, no como observador sino como participante activo. La creciente lo atrae hasta la baranda del puente, desde donde observa la hecatombe y es ésta la que lo transforma. La creciente es compañía de quien viaja hacia lo inesperado, hacia lo desconocido que es, en esencia, la frontera entre la nada de un mundo preexistente y el momento que inicia el viaje con "el sueño a cuestras". Un sueño que es metáfora de la muerte y expresión del inconsciente. Ese sueño del que habla el yo poético en "La creciente" es otro estado físico de quien nos narra el poema.

En la poesía de Álvaro Mutis, las inmersiones no ocurren únicamente en el agua, sino también en otros elementos naturales como la selva, la oscuridad de una mina abandonada o la noche. En todo elemento que participa de esta inmersión está presente el agua, ya sea como río, cascada, acequia, o como rumor de viaje de un agua que canta. Es decir, este cosmos es un espacio idílico donde el agua cumple la función de regreso a un estado preformal. Dicha condición acerca cada vez más al Gaviero a un estado fetal, pues en él el agua es parte vital de ese cosmos.

En el libro *Reseña de los hospitales de Ultramar*, el sentido del agua es más explícito en los poemas "La cascada" y "Morada". Refuerza luego la idea

en el libro *Caravansary* en los poemas "Cocora", "El sueño del Príncipe-Elector" y "En los esteros". En *Los emisarios*, los poemas que más se refieren al tema son: "El cañón de Aracuriare" y "Noticias del Hades". En *Reseña de los hospitales de Ultramar* el poeta aclara que lo narrado y descrito allí son fragmentos de hechos que le suceden a Maqroll el Gaviero. En "La cascada",<sup>3</sup> la actitud del yo poético es la de un narrador que observa a un personaje:

Entró para lavar sus heridas y bañarse largamente en las frescas aguas de la cascada, protegida por las altas paredes que chorreaban una parda humedad vegetal.

Un malsano silencio se extendía desde el tumulto de las aguas que caían de lo alto, a través de un estrecho hueco cercado de plantas azotadas incansablemente por el torrente.

Apartado del tiempo y aislado del ruidoso bochorno de los cafetales, el Gaviero conoció allí de su futuro y le fue dado ver, en toda su desnuda evidencia, la vastedad de su miserable condición.

Una oscura mariposa apareció de repente y con su torpe y lento vuelo comenzó a medir el paso de las horas, chocando a menudo contra las lisas paredes o parándose en la blanca arena del piso, recogidas las alas hasta semejar el perfil de un hacha oxidada.

El miedo se fue apoderando del Gaviero y de su garganta fluía un chillido agudo y contenido, que bien pudiera haberse atribuido al insecto preso en la fresca nada donde caían las aguas interminablemente.

Sus heridas se secaron, también sus ropas se secaron, se secó su piel y seguía inmóvil, sentado en la blanca arena, a orillas del pozo labrado por la caída del torrente y en cuyo fondo se movía una oscura materia vegetal compuesta de hojas, frutos y tallos arrastrados por las aguas.

Al llegar la noche, el Gaviero hubiera jurado oír cómo movían el aire las quebradizas alas del pesado visitante y cómo su lanoso cuerpo chocaba tristemente contra las rocas de la noche.

Un viento cálido irrumpió en la frescura del recinto y tras él salió el insecto, con un lento subir y bajar de su vuelo, dejando al Gaviero sumido en esa humillada certeza de quien ha conocido la impotencia de sus fuerzas y los rostros de su miseria.

Se vistió lentamente y salió al trepidante calor de las tierras bajas, en donde se mezcló con toda suerte de gentes, guardando siempre, en un escondido rincón de su alma, ese tiempo apresado por las altas paredes en donde chocaban atrozmente el grito de las aguas al caer y la derrota de sus asuntos.

El pretérito indefinido "entró" muestra que no es el yo poético quien narra su propia circunstancia, sino la experiencia de otra persona que el yo poético conoce y de quien sabe los problemas que lo aquejan. Este poema es la historia de alguien que estuvo en la búsqueda de un lugar para recuperarse física y espiritualmente. La primera oración del poema es indicativa de la acción del personaje,

3. Mutis, Álvaro. *Summa... Op. cit.*, p. 112-113.

entrar, y de la actitud del narrador, observar lo que hace el personaje: "Entró para lavar las heridas". Con esta oración se conforma la idea de un agua purificadora en los dos planos: físico y espiritual.

La entrada a este santuario de purificación es una construcción acuática, un aposento construido por la naturaleza. Es una cascada protegida "por altas paredes". Es igualmente significativo, que el poema que más claramente expresa la inmersión, entendida como una forma de alejarse del tiempo y del espacio, sea "La cascada". Sabemos muy bien que este tipo de precipitación produce efecto de oxigenar el agua en su caída. Este santuario-cascada es lugar de purificación; y el hecho mismo de penetrar en él, es ya una actitud ritual, ceremonial, que distancia del devenir, del tiempo histórico.

Este santuario es un espacio cada vez más cerrado, tal como el yo poético lo describe: "La cascada protegida por altas paredes", "un estrecho hueco cercado de plantas azotadas incansablemente por el torrente", "pozo labrado por la caída del torrente".

En la metáfora "chocaba contra las rocas quietas de la noche" el yo poético expresa el mundo oscuro en el que está sumido el personaje. Además, refleja la dureza de la noche y la compara con piedras en las cuales el agua choca constantemente. La noche es una roca contra la que nadie puede, se hace dura e invencible, pero en ella, el agua siempre trae recuerdos.

La noche, en este caso, es el límite que no brinda posibilidad al agua para trascienda y pase el obstáculo que crea todo acantilado. Hay en esta metáfora una alusión a la noche, y reitera en Mutis los tres elementos que conforman su poética mítica en la que el hombre pierde toda forma: la noche, la muerte y el agua.

La actitud del Gaviero en este poema es de reducción, se convierte en un ser indefenso y asume una postura emocional de desvalido que puede inducir a ser fetal, pues la actitud que asume es de miedo. Frente a esta actitud humana, el mitólogo Joseph Campbell dice: "El miedo es la primera experiencia del feto materno".<sup>4</sup> Así, lo que busca el Gaviero son sus aguas originales, preformales, cosmogónicas, preexistentes, amnióticas de su propio origen.

Estas inmersiones son una manera de ir hacia el origen de las aguas como principio o, como bien lo dice Jung: "El agua es el símbolo más corriente de lo inconsciente".<sup>5</sup> Estos lugares naturales-tropicales son espacios sagrados, pues cada acto que allí se efectúa es de purificación.<sup>6</sup> Especies de muertes que no son

4 Campbell, Joseph. *El poder del mito*. Barcelona: Emecé Editores, 1988, p. 86.

5 Aricapa Ardila, Ricardo. *El libro del agua*. Medellín: Universidad de Antioquia, 1994, p. 24. El líquido amniótico, primer sustrato del ser humano es agua en un noventa por ciento. Este líquido es como un mar interior que durante la preñez producen las mujeres para dar origen a la vida.

6 Jung, Carl. *Arquetipo e inconsciente colectivo*. Buenos Aires: Paidós, 1974, p. 24.

7 Aricapa Ardila, Ricardo. *Op. cit.*, p. 23. "Déjame sumergirme en las frescuras de tus aguas para purificar mi espíritu y refrescar mi cuerpo" (Canto de los indios paeces).

definitivas, son posibilidades de trascendencia para resurgir, nuevos. Así, en la mayoría de los poemas, en los que se describe una inmersión, hay también una emersión.

“Morada”<sup>8</sup>

Se internaba por entre altos acantilados cuyas lisas paredes verticales penetraban mansamente en un agua dormida.

Navegaba en silencio. Una palabra, el golpe de los remos, el ruido de una cadena en el fondo de la embarcación, retumbaban largamente e inquietaban la fresca sombra que iba espesándose a medida que penetraba en la isla.

En el atracadero, una escalinata ascendía suavemente hasta el promontorio más alto sobre el que flotaba un cielo en desorden.

Pero antes de llegar allí y a tiempo que subía las escaleras, fue descubriendo, a distinta altura y en orientación diferente, amplias terrazas que debieron servir antaño para reunir la asamblea de oficios o ritos de una fe ya olvidada.

No las protegía techo alguno y el suelo de piedra rocosa devolvía durante la noche el calor almacenado en el día, cuando el sol daba de lleno sobre la pulida superficie.

Eran seis terrazas en total. En la primera se detuvo a descansar y olvidó el viaje, sus incidentes y miserias.

En la segunda olvidó la razón que lo moviera a venir y sintió en su cuerpo la mina secreta de los años.

En la tercera recordó esa mujer alta, de grandes ojos oscuros y piel grave, que se le ofreció a cambio de un delicado teorema de afectos y sacrificios.

Sobre la cuarta rodaba el viento sin descanso y barría hasta la última huella del pasado.

En la quinta unos lienzos tendidos a secar le dificultaron el paso. Parecían esconder algo que, al final, se disolvió en una vaga inquietud semejante a la de ciertos días de la infancia.

En la sexta terraza creyó reconocer el lugar y cuando se percató de que era el mismo sitio frecuentado años antes con el ruido de otros días, rodó por las anchas losas con los estertores de la asfixia.

A la mañana siguiente el practicante de turno lo encontró aferrado a los barrotes de la cama, las ropas en desorden y manando aún por la boca atónita la fatigada y oscura sangre de los muertos.

Es uno de los poemas que más refleja la imagen de inconciencia del agua. En el poema, el yo poético narra el viaje del personaje Maqroll el Gaviero por un acantilado donde se encuentra una serie de terrazas por las que él asciende. Es un ascenso en la inmersión, pues el personaje se sumerge en el lugar donde están las terrazas y a partir de allí busca un ascenso. Esta emersión no es total, porque

8 Mutis, Álvaro. *Summa... Op. cit.*, p.119-120.

el ascenso por las terrazas lo ayuda a perder la noción del tiempo. Cuando Maqroll logra llegar a la última terraza, como posibilidad de emersión, cae nuevamente. Su estado febril le impide emerger desde el acantilado. En la segunda terraza, el personaje pierde la noción del viaje y es allí donde siente el paso del tiempo.

Este sitio, como los que tienen que ver con la inmersión, se caracteriza por ser el lugar de las aguas amnióticas, pues el territorio es propicio no sólo para el viaje hacia el pasado, sino también para la purificación. Este poema es uno de los pocos en los que Mutis califica el agua como dormida. El estado febril, la inmersión en el inconsciente del personaje, los elementos del espacio descrito y el agua, expresan un viaje. Como dice Bachelard: "El agua nos lleva, nos acuna, nos adormece. El agua nos devuelve a nuestra madre".<sup>9</sup>

La enumeración es un recurso estilístico de la poesía mutisiana para crear un ambiente propicio de esa inmersión lenta y gradual, rítmica, ceremonial, ritual, profunda del personaje en el acantilado. Una forma también de reflejar el instante que se diluye en el tiempo, que se perpetúa cuando es aprehendido en el poema. En Mutis, los instantes son especies de actos aparentemente intrascendentes, que repercuten en una conciencia sensible de que el tiempo pasa y taladra la fugacidad de la vida.

Todas las inmersiones en la poesía mutisiana expresan una actitud de purificación y alivio de los momentos que han lacerado su cuerpo y su espíritu. En el poema "Letanía", por ejemplo, el narrador nos cuenta que el Gaviero se baña en las torrenteras de un río; mientras lo hace, recita una oración en la que alude a las aguas funerales: "Agua de los muertos/ mide tu cauce". También esta agua, en la que canta mientras se baña, es purificadora y sanadora del cuerpo y del espíritu. El agua ahoga la voz y la tarde refresca el cuerpo herido: "El ruido de las aguas ahogaba su voz y la tarde refrescaba sus carnes laceradas por los oficios más variados y oscuros."

En el poema "Cocora", por ejemplo, se expresa la inmersión en un espacio cerrado; e, igualmente, como en el poema "Morada", el viaje hacia el centro del lugar sagrado y de sí mismo, se hace en forma escalonada. Este viaje escalonado es hacia el centro de los socavones de una mina habitada por el Gaviero. En el poema "Morada" el viaje escalonado es por terrazas, e igualmente, como en el poema "El viaje", el escalonamiento se expresa en las distintas etapas del tren para llegar a su destino.

En "Cocora", entonces, la inmersión es un alejarse del tiempo, es vivir distante del devenir cotidiano. En esta introyección, el Gaviero ya está inmerso en el lugar cuando narra el poema: "Ya he perdido la cuenta de los años que llevo en este lugar." Esta inmersión, fuera de ser la introyección misma, tiene la esencia de

9 Bachelard, Gaston. *El agua y los sueños*. Trad.: Ida Vitale. México: Fondo de Cultura Económica, 1993. p. 200.

alejarse del tiempo, de ser un lugar distinto del destino del agua o del de los acantilados, y de no permitir que el personaje surja.

Esta inmersión está narrada desde uno de los socavones de la mina. El Gaviero visita las demás galerías y tras cada ocupación suya, la profundidad es mayor. Hay en esta introyección un hundimiento total en las tinieblas, pues este viaje es un regreso al vientre de la tierra, la cual es también de la madre. De esta manera, la actitud de encierro de Maqroll es actitud preformal de existencia en la que el río cumple la función de hilo conductor hacia lo externo. El agua en esta inmersión trae la tranquilidad de un mundo idílico, ya sea por la frescura del ambiente o por el sonido lejano del río que le brinda cierta amabilidad al lugar. Así, el Gaviero siente que se aleja del mundo externo en la medida en que no oye el paso del río. Alejarse de éste es, para él, estar cada vez más distante de lo externo. Para el Gaviero, el encuentro con el agua es también representación de las aguas bautismales que conducen a un origen. El río forma parte de este paraíso del que el yo poético mutisiano está en constante búsqueda.

La creciente de los ríos en la poética mutisiana es expresión no sólo de caos sino del estado preformal de la materia. El caos que crea toda creciente mutisiana es una forma de ver la impotencia del hombre hacia el curso del agua. Este caos es imagen de la marcha ineludible del tiempo e inaprehensibilidad de todo instante fugaz que se diluye en el recorrido del agua. Las crecientes de agua mutisianas son una constante reiteración en sus poemas. En los poemas "Cocora", "Soledad" y "La cascada", la imagen del estado latente del agua en crecimiento es la iteración espiritual de una disposición espiritual a esperar, oír o anunciar la tragedia del hombre aparecida en el agua.

En "Cocora", la percepción del Gaviero de esa hecatombe es otra forma de asumir la vida en la que la creciente es esa constante de vivir en el límite de la tranquilidad y la tragedia. Además, en la noche, cuando todo está en reposo, es cuando se agudizan los sentidos de quien está en vigilia:

En las noches de lluvia el olfato me anuncia la creciente: un aroma lodoso, picante, de vegetales lastimados y de animales que bajan destrozándose contra las piedras; un olor de sangre desvaída, como el que despiden ciertas mujeres trabajadas por el arduo clima de los trópicos; un olor de mundo que se deslíe precede a la ebriedad desordenada de las aguas que crecen con ira descomunal y arrasadora.

En la poética mutisiana, las imágenes de la creciente y de los viajes son ejes de su poesía. Viajes en búsqueda de un centro universal, de un lugar para el reencuentro consigo mismo y de un cosmos cerrado en el origen de cada ser, abierto hacia un universo formado por la naturaleza. Crecientes que son imágenes de un hombre en transformación, en continuo vértigo como representación de un estado de deterioro constante.



Si en "La cascada", "Morada", y "El cañón de Aracuriare" hay emersiones, de las que el Gaviero sale reconfortado, en "Cocora" se purifica pero no emerge, y conserva la ilusión de lograrlo. La emersión que allí se presenta es simplemente el cambio de una galería a otra de la mina, pero no hay una emersión total que haga que el Gaviero sea otro ser que se comunica con un espacio exterior.

En la poética mutisiana, cada inmersión representa la imagen de una muerte simbólica; en "Cocora" sugiere que la muerte es permanecer aislado. El estado del Gaviero manifiesta un estado de postración con la ilusión de revivir, de reencontrarse en el río, en búsqueda de un viaje hacia el páramo. En este poema, el Gaviero asume una actitud de enterramiento. Relacionado con estos aspectos de vida y de muerte, Mircea Eliade dice: "El enterramiento simbólico, parcial o total, tiene el mismo valor mágico-religioso que la inmersión en el agua, el bautismo".<sup>10</sup>

La imagen de la creciente en la poética mutisiana reitera la obsesión de Mutis por la tragedia que causa el agua. El instante en el que crece el agua está seguido por el miedo. La creciente es imagen de inaprehensibilidad, de la impotencia del ser humano para abarcar la dimensión de un agua poderosa, atrayente, que pone al hombre al borde del abismo.

Estas crecientes son la imagen del caos que precede al orden cósmico, y éste se representa en la poesía mutisiana en la calma que llega después del paso de la creciente o en la emersión del personaje a un mundo nuevo. Frente a este caos, Mircea Eliade afirma: "El caos acuático que precede a la creación simboliza al propio tiempo la regresión a lo amorfo efectuada en la muerte, el retorno a la modalidad larvaria de la existencia".<sup>11</sup>

El agua y el tiempo son los dos elementos libres que el hombre no puede atrapar. El agua, en la poesía mutisiana, es la representación de los instantes que escapan a toda capacidad humana por atraparlos. Así, estos dos elementos, aunque sean inaprehensibles por el hombre, son aprehensibles por la poesía.

En todos los poemas a los que nos referimos, hay una disposición del yo poético para describir el lugar donde suceden las inmersiones, descripción importante en relación con lo que éste es y significa. Es el lugar sagrado donde se van a llevar a cabo los hechos, el espacio sacro donde sucederá la ceremonia, el rito; cerrado, y muchas veces abierto al cielo, pero virginal, hasta ahora visitado por el personaje. En otros casos, se trata de un lugar tan lejano que parece asignado al personaje que lo visita; o un lugar abandonado, pero ya purificado por las muertes que acontecieron allí o por el mismo olvido en el que la naturaleza es la única presencia junto con las voces de los muertos. En otros casos, un espacio natural ya formado por las corrientes del agua o ya cerrado por la naturaleza de la selva. En éste, —el personaje en la mayoría de los casos, Maqroll el Gaviero— busca alejarse del tiempo y de los asuntos que lo han lacerado, para purificarse de ellos; o, en otros casos, para ir en busca de sí mismo. Una búsqueda para morir simbólicamente y nacer de nuevo.

10 Eliade, Mircea. *Lo sagrado y lo profano*, Trad.: Luis Gil. Colombia: Labor, 1996. p. 123.

11 *ibid.*, p. 42.

En uno de estos espacios, el Cañón de Aracuriare, hay un paso del tiempo mítico en el cual el yo poético hace una concienzuda descripción del espacio sagrado: Maqroll el Gaviero va en la búsqueda de sí mismo, de un tiempo primordial en el que muere simbólicamente para nacer de nuevo.

Los elementos expuestos en el poema dan cuenta de lo que representa un lugar sagrado en la poética mutisiana. Encontrarse y sumergirse en este espacio es una forma de crear el mundo. Para Mircea Eliade, por ejemplo, este espacio es el centro del origen: "El descubrimiento o la proyección de un punto fijo el Centro equivale a la creación del Mundo".<sup>12</sup> Y agrega: "En efecto, la misma construcción del altar se concibe como una creación del mundo. El agua en que se diluye la arcilla es el agua primordial; la arcilla que sirve de base al altar es la tierra"<sup>13</sup>

Esta creación del mundo, en Mutis, se manifiesta por la cosmovisión del personaje que se sumerge en las aguas y en el espacio sacro. Una de las características de este espacio es estar alejado y poco frecuentado por los habitantes de la región. Otras se refieren a la forma como es descrito el río, a la importancia que tiene el espacio del recogimiento para el personaje, y a la manera como se revitaliza el lugar con la presencia de quien se sumerge.

En la mayoría de los casos, en la poesía mutisiana, el lugar de la inmersión es un espacio tibio y plácido donde el Gaviero se introduce con el único fin de encontrar la calma y alejarse del tiempo profano, del discurrir de los días, "del trajín de los puertos y la encontrada estrella de su errancia insaciable". En esta inmersión, cuyo objetivo es el descanso, el personaje se despoja de su yo. Este despojo "yoico" es un encuentro con ese otro ser que está en él mismo. Esta transformación es recreación y construcción de un nuevo ser. Antes, la actitud del personaje que se despoja de su yo es confesional, de examen de sus actos, de arrepentimiento y de recogimiento para revisar sus errores. Esta transformación lo ayuda a entender su propia vida de otra manera. Hay en este acto de inmersión, el verdadero encuentro consigo mismo.

Es una búsqueda tan lejana, que el Gaviero mismo ve dentro de sí a otros seres que lo habitan. Encuentra en este abismo al vigía de su existencia, la imagen del ser moral que calcula sus actos. En estos cambios, el agua, fuera de ser purificadora, es amniótica y bautismal. Purificadora en el sentido de lavar el pasado para encontrar un nuevo ser; amniótica en el sentido de ese nuevo nacimiento-surgimiento que viene en el agua; y bautismal, por el reconocimiento del ser que surgirá nuevo, transformado en otro.

En "El Cañón de Aracuriare", la formación del mundo se asemeja a la creación del universo cristiano. El Gaviero, para emerger, que es la manifestación del

12 *Ibid.*, p. 26.

13 *Ibid.*, p. 76.

nacimiento, se demora siete días,<sup>14</sup> los mismos que enumera el Génesis en la creación del mundo. El último día, el personaje nace entre el choque de dos aguas: la del río y la del mar. Este nacimiento es la expresión del temor y el ansia por un nuevo mundo encontrado.

Temor a perder la tranquilidad encontrada y ansia por emerger para perderse en la lejanía o en el horizonte, como la expresión suprema del destino humano, como dice al final del poema: "El río se mezcla allí con un mar sereno y tibio del que se desprende una tenue neblina que aumenta la lejanía y expande el horizonte en una extensión sin término."

#### BIBLIOGRAFÍA

- Aricapa Ardila, Ricardo. *El libro del agua*. Medellín: Universidad de Antioquia, 1994.m
- Bachelard, Gastón. *El agua y los sueños*. Trad.: Ida Vitale. México: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Campbell, Joseph. *El poder del mito*. Barcelona: Emecé Editores, 1988.
- Eliade, Mircea. "Historia y simbolismo", en: *Imágenes y símbolos*. Madrid: Taurus Ediciones, 1979. p. 165-194.
- . *Lo sagrado y lo profano*. Trad.: Luis Gil. Colombia: Labor, 1996.
- Génesis. *La Santa Biblia*, Madrid: Ediciones Paulinas, 1988.
- Jung, Carl. *Arquetipo e inconsciente colectivo*. Buenos Aires: Paidós. 1974.
- Mutis, Álvaro. *Obra poética*. Bogotá: Arango Editores, 1993.

---

14 Génesis, 1, 2-3. *La Santa Biblia*. Madrid: Ediciones Paulinas, 1988, p. 22.